

Apocalipsis 21:1-5

Sermón Apocalipsis 21:1-5 Pascua 5 2016, Hechos 13:44-52; Juan 13:31-35.

“Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado y el mar ya no existía más. Y yo, Juan, vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de parte de Dios, ataviada como una esposa hermoseada para su esposo. Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá más muerte, ni habrá más llanto ni clamor ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron». El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas». Me dijo: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas».” (Apocalipsis 21.1–5, RVR95)

Es el tiempo cuando escuchamos un sinfín de promesas que parecen indicar que está a la vuelta de la esquina un gran paraíso, en que todos los problemas se resuelven, en que hay trabajo y oportunidades para todos. Ustedes han escuchado las propuestas y las promesas, y estoy seguro de que en general no han tomado muy en serio ninguna de ellas. ¿Por qué? Los que las hacen son políticos, y la experiencia ha mostrado que los políticos prometerán el oro y el moro, pero que los políticos que realmente cumplen con lo que prometen apenas existen.

En nuestro texto también oímos de un paraíso, de un nuevo cielo y una nueva tierra. Y la descripción realmente presenta cosas que pueden parecernos increíbles. ¿Podemos poner nuestra confianza en estas promesas? ¿Podemos permitir que esta esperanza gobierne nuestra vida? En el texto veremos que el que muestra estas cosas y habla estas cosas es en verdad digno de confianza. Él no nos defraudará. **Dios mismo nos revela una visión y un mensaje alentador.** I. Es una visión del nuevo cielo y la nueva tierra. II. Es un mensaje que asegura la presencia consoladora de Dios con su pueblo.

Juan, como escuchamos al comienzo de Apocalipsis, ha escuchado y visto cosas “que son y las que han de ser después de estas”. Ahora está llegando al final de estas revelaciones y visiones. El tiempo de conflicto ha terminado. El Cordero, Cristo, es victorioso, y su pueblo ha obtenido la victoria con él. Todo culmina en el día del juicio. Y ahora Juan ve una visión del nuevo cielo y la nueva tierra. “Entonces vi un cielo nuevo y una tierra nueva”. Todo como lo conocemos ahora está cambiado. Este nuevo cielo y nueva tierra es un reemplazo del mundo que ahora existe. “Porque el primer cielo y la primera tierra habían pasado”.

Una cosa que Juan menciona en particular es que ya no hay mar en ese nuevo cielo y nueva tierra. Puede haber varias razones porque esto sería un beneficio. Para los judíos, que no tenían buenos puertos, el mar era visto como algo hostil y peligroso. Entonces lo que estaría indicando este detalle es que ya no existe peligro ni destrucción. Otra cosa es que Juan está separado de sus queridos cristianos en Asia Menor cuando ve esto. Estuvo en la Isla de Patmos; el mar lo separaba de sus hermanos en la fe. Pero ya no hay separación en el nuevo cielo y la nueva tierra, ni de Dios ni de los hermanos fieles.

También se destaca que en esa nueva tierra y nuevo cielo está la santa ciudad, la Nueva Jerusalén. Es una imagen de la iglesia glorificada. Pablo nos había dicho que “la Jerusalén de arriba, la cual es madre de todos nosotros, es libre” (Gál 4:26). Y el escritor a los Hebreos nos dice que nos hemos acercado “al monte Sión, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial”. Ahora esta iglesia, glorificada, desciende del cielo para estar en esta nueva tierra y nuevo cielo. Aun durante el tiempo de esta tierra, las almas de los mártires “vivieron y reinaron con Cristo mil años”, pero esto es algo que conocemos por fe. Aquí en su visión Juan ve la consumación, todos los creyentes glorificados llenando la nueva creación.

Como dice el autor del himno:

Veré con gozo sin igual
Jerusalén la celestial,
Ya dentro de sus puertas;
Porque el Cordero que murió
Y con su sangre me compró,
Ya me las tiene abiertas.
Cruenta cuenta
Ha pagado, cuando ajado
Moribundo,
Dio la vida por el mundo.

No ya con ojos de la fe,
Sin velo allí contemplaré
El rostro del Dios mío;
Del alto rey la majestad,
La gloria de su santidad,
De cerca ver confío.
Tanto cuanto
Fue escondido al sentido,
Bella, pura,
Celestial, alta hermosura. (CC 340:2,3)

La iglesia que desciende del cielo se presenta “ataviada como una esposa hermo­seada para su esposo”. Como en el día de la boda la novia luce hermosa, así, vestida en la justicia de Cristo, la iglesia llega para las bodas del Cordero. En Isaías escuchamos “»*En gran manera me gozaré en Jehová, mi alma se alegrará en mi Dios, porque me vistió con vestiduras de salvación, me rodeó de manto de justicia, como a novio me atavió y como a novia adornada con sus joyas. Porque como la tierra produce su renuevo y como el huerto hace brotar su semilla, así Jehová, el Señor, hará brotar justicia y alabanza delante de todas las naciones*»” (Isaías 61.10–11). Entonces se verá la verdadera gloria de la iglesia, cuando todas las cosas son hechas nuevas, cuando los defectos que vienen porque todavía tenemos una carne pecaminosa en esta tierra serán eliminados por completo.

Pero lo más glorioso del nuevo estado de las cosas es la presencia inmediata de Dios con su pueblo. Una voz del trono nos asegura que Dios mismo estará con nosotros. “*Y oí una gran voz del cielo, que decía: «El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres. Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios.*” El que está en el trono es Dios, de modo que estas palabras llevan toda la autoridad de Dios, y son tan infalibles como Dios es infalible.

Lo que promete es “*El tabernáculo de Dios está ahora con los hombres*”. Es cierto que Dios, conforme a su promesa, está con nosotros ahora también. Pero lo sabemos por fe, y muchas veces nos parece estar ausente. Pero entonces estará visiblemente con nosotros. Y aunque el tabernáculo es una tienda, que normalmente es algo que se transporta de un lugar a otro, la imagen viene de la presencia de Dios en medio de su pueblo en el tabernáculo y después en el templo. Fue un recuerdo constante de que Dios estaba en medio de su pueblo. Y ahora Dios visiblemente estará presente para su pueblo por toda la eternidad. La eterna relación entre Dios y los redimidos glorificados es que “*Él morará con ellos, ellos serán su pueblo y Dios mismo estará con ellos como su Dios*”. Nada podrá estorbar esta eterna relación entre Dios y su pueblo. Con Dios como su Dios, todo lo que podría estorbar esa bendita relación será eliminado.

“*Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos*”. En esta tierra frecuentemente hay dolor y tristeza, tal que tienen que fluir las lágrimas. Pero entonces no quedará ninguna lágrima. Dios enjugará toda lágrima de sus ojos. Y es que nada que puede causar lágrimas existirá ya. La muerte ya no estará. No habrá llanto, clamor ni dolor. Todo eso pertenece al orden de las cosas en el mundo de ahora en que estamos viviendo. Pero ese mundo ya habrá pasado, con el pecado y todos los resultados del pecado. “*Porque las primeras cosas ya pasaron*”.

Tal vez pensemos, todo eso suena demasiado bueno para ser verdad. Sentimos nuestro pecado y nuestra culpa, y pensamos que es imposible que tengamos esta eterna relación con Dios. Tal vez sea nada más otro engaño.

Sólo debemos recordar quién está haciendo estas promesas aquí. El nada menos que Dios mismo. El Dios que nos ha salvado con el sacrificio de Jesucristo en la cruz, cuando pagó ya por todos nuestros pecados. Dios no quiere que estemos en dudas sobre este maravilloso futuro que nos espera. Así es que él mismo habla: *“El que estaba sentado en el trono dijo: «Yo hago nuevas todas las cosas»”*. Es el Dios todopoderoso y nuestro Redentor que en su gracia y misericordia crea esta nueva situación para nosotros. Y como para hacer hincapié en lo absolutamente verdadero y confiable de esto, Juan directamente recibe el mandato de escribirlo. *“Me dijo: «Escribe, porque estas palabras son fieles y verdaderas»”*.

Así que, es cierto que lo que este texto nos promete es algo tan estupendo que, si alguien más nos dijera eso, tendríamos que rechazarlo como mentira. Pero como es Dios mismo, nuestro Creador y Redentor, que habla aquí, el que nunca miente, que nos promete este hermoso futuro, no tenemos por qué dudar. Más bien, en medio de los sufrimientos y pruebas de esta vida, que estas palabras nos estimulen aun ahora a ser fieles y servir a este gran Dios nuestro Salvador siempre. Amén.